

LUIS MARIO SCHNEIDER. ELOCUENTE EMBLEMA DE GENEROSIDAD LITERARIA

Con sueños y palabras.
Con palabras y sueños,
camino hacia la muerte,
viviendo.

Con conciencia que sueña
con sueños que no entiendo,
camino por la vida,
muriendo.

ENRIQUE AZCUAGA, *Del otro lado*.

Lo pasado 18 de enero cumplió un año que dejó de estar entre nosotros una de las personalidades más entrañables y entrañadas de la literatura mexicana, quien, pese a provenir de un país lejano y ajeno, supo descubrir en ésta valiosos motivos y sobradas razones para exaltarla, identificándose con ella, desde aquella primera y feliz aproximación que tuvo con nuestra cultura cuando, tras haber ganado una beca para estudiar en México (1959), decidió adoptar a nuestro país como su segunda patria, hasta sus valiosas aportaciones (como autor, promotor o editor) en el devenir de nuestra literatura, que develan su admiración, casi devota, por los escritores y personajes nuestros que, por (in)comprensibles razones, habían quedado en el olvido o habían sido, si no desdeñados, sí (ad)“mirados” con cierta cautela o de manera esnobista, a varios de los cuales rescató afortunadamente, restituyéndoles su valor y su sitio en el espectro literario que les corresponde.



Basta recordar nombres como Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Xavier Villaurrutia, Abraham Ángel, por mencionar sólo algunos, quienes a raíz de su reivindicación empezaron a ser leídos, estudiados y difundidos con mayor atención y seriedad por un creciente número de investigadores, críticos y tesisistas.

Tal empresa la emprendió con tan vigoroso y contagiante entusiasmo, que su presencia ha dejado una huella imborrable en un sinnúmero de textos y ediciones –varias de ellas memorables (*Xavier Villaurrutia. Obras*, FCE, México, 1954; *La literatura mexicana*, Centro Editor de América Latina, Argentina, 1967; *Viaje al país de los tarahumaras. Textos de Antonin Artaud*, SEP, 1975, México, 1984; *Todo Valle Inclán*, UNAM, México, 1992; *Abraham Ángel*, IMC-UNAM, México, 1995; *La novela mexicana entre el petróleo, la homosexualidad y la política*, Imagen, México, 1997)–, labor que no en pocas ocasiones le ganó, por un lado, la animadversión y malos ojos (¿envidia acaso?) de estultos y escleróticos advenedizos y, por otro, el profundo y sincero reconocimiento de verdaderos intelectuales (sin comillas) y lectores ávidamente motivados que, sin más interés que el de experimentar el beneficioso placer de la lectura, encontraron en sus cursos, pláticas, o en alguno de los libros por él producidos, un motivo, un hallazgo que los acercara al conocimiento o les despertara el sentido de lo trascendental humano.

Pero ¿quién es este dínamo, este catalizador literario determinado a estimular, con espíritu humanista y ferviente entusiasmo, aquellos rasgos que le dan significado y dimensión a nuestra literatura? ¿Un quijotesco diletante cautivado románticamente por nuestros desventajados autores y personajes de la cultura? ¿Un solitario vagabundo que se refugia en el mundo de las letras para echar a volar su osada fantasía? ¿Un poeta indulgente que –prueba de su generosidad– alentó, fructíferamente, el trabajo de los otros, con el propósito de encauzar y compartir el *quid* de la palabra escrita?

Sí, tal vez alguna de las anteriores descripciones corresponda a la imagen de Luis Mario. Pero lo cierto es que su personalidad escapa a todo tipo de definición que no esté relacionada con el sentido humano de lo literario.

Originario de Santo Tomé, Provincia de Corrientes, Argentina, inicia en su país de origen una labor docente ejemplar, la cual posteriormente habría de continuar en nuestro país y fuera de él (UNAM, Universidad Veracruzana, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Universidad Iberoamericana, State University of New Jersey, Universidad de Granada, España). En 1955 se licencia en humanidades, por la Universidad

de Córdoba, Argentina, tras lo cual, y luego de asistir (1958) a varios Cursos Internacionales de Temporada (con maestros como Miguel Ángel Asturias, Daniel Viñas y Teófilo Barañao) en la Universidad de Buenos Aires, al llegar a México, además de la licenciatura (1962) obtiene (1969) el grado de doctor en Letras en la UNAM, institución de la que más tarde llegaría a ser importante investigador (en la FFYL y el Instituto de Investigaciones Bibliográficas) y un editor imprescindible.

A su lado, según lo expresara en cierta ocasión Vicente Quirarte, "la vida se transformaba en torbellino de ideas y exploración del alma". Muchos quisieron, pero pocos fueron los que pudieron verdaderamente ser arrastrados por ese torbellino, los que, a través del matiz poético de las palabras, alcanzaron un estado del alma que les develó el sentido profundo de lo estético, de la trascendencia humana. Sobre todo sus amigos, sus verdaderos amigos, aquellos que fueron testigos —partícipes algunos— de la afanosa actividad de Luis Mario, cuyas pasiones, como las de Borges, fueron las del auténtico intelecto (el que no admite comillas).

Sus más íntimos y allegados amigos tuvieron constatación de su apuesta y vigorosa presencia y de la generosidad alentadora que lo distinguió siempre en su fervorosa empresa rescatadora de nuestros valores literarios y culturales, empresa por la que Octavio Paz le llegó a escribir aquella emotiva semblanza:

Luis Mario Schneider ni es pájaro ni vuela: excava, descubre, resucita. Con tacto, inteligencia y perseverancia, frente a nuestra funesta manía de enterradores, exhuma, revela, revive. En México amamos a nuestros escritores a condición de que estén muertos; los sepultamos, a veces en vida,

bajo montañas de elogios vacuos (otras bajo carretadas de vituperios) y construimos con sus obras suntuosos mausoleos que después nadie visita. Pero Schneider, explorador de los valles infernales y de las ruinas abandonadas de nuestra literatura, regresa de cada una de sus expediciones con un texto desconocido, un poema olvidado, un cuento rescatado, una carta perdida. Nos devuelve la memoria, trabaja en favor de la vida

Dotado de una ágil y prodigiosa sensibilidad poética y de un espíritu universalista, este ilustre *argenmex*, como alguien le llegó a denominar, cordialmente, encontró en la individualidad, en la independencia, la condición necesaria para abandonarse por completo, con la devoción de un asceta, a la investigación literaria.

No es fácil identificarlo con algún movimiento. Sus propósitos personales lo alejaron de cualquier círculo que no fuera el relacionado estrictamente con las letras. No tenía cabida en ninguna escuela porque, por sí solo, él constituía una escuela.

En 67 cuartillas, Jorge Guadarrama y Alejandro García han resumido el impresionante perfil curricular de este valioso e inolvidable personaje de la cultura quien, para orgullo del Estado de México —en particular para la UAEM—, decidió aquerenciarse en el paradisiaco municipio de Malinalco, donde, en su finca "El olvido" se mantuvo, religiosamente, en comunión con la literatura, alentando y promoviendo siempre *nuestra literatura*.

Sirvan pues estas modestas líneas para evocar la memoria de Luis Mario Schneider, generoso hombre de las letras al que mucho le debemos quienes de una u otra manera nos sentimos insuflados de su espíritu humanista y mística literaria. LC

